PUBLICACIÓN ACADÉMICA

REVISTA AGENN

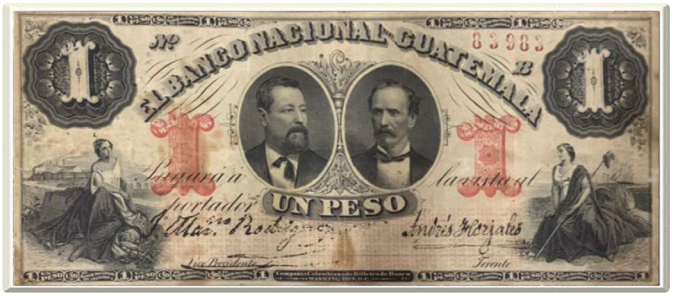
CONOCIMIENTO QUE TRASCIENDE, IMPACTO QUE TRANSFORMA

REVISTA AGENN · VOL. 1 · NÚM. 1 · SEPTIEMBRE DE 2026 · E020

El billete guatemalteco como documento: historia, diseño y transformación, 1874–2025

Gerónimo Estuardo Pérez Irungaray

Artículos · Notafilia



Primer billete emitido en Guatemala por el Banco Nacional de Guatemala.
Fuente: Pérez Irungaray, 2025.

Resumen

La historia del papel moneda guatemalteco puede leerse como una historia de confianza, centralización institucional, transformación material y construcción simbólica.

Desde las primeras emisiones formales del Banco Nacional de Guatemala en 1874 hasta los billetes conmemorativos contemporáneos, el billete dejó de ser únicamente una promesa de pago asociada a la solvencia de un emisor para convertirse en un documento estatal capaz de condensar imágenes, personajes,

memorias y tecnologías de seguridad. Este ensayo propone una lectura histórica y notafílica de ese proceso. No se busca enumerar todas las emisiones, sino mostrar cómo la evolución de emisores, diseños, variantes, firmas, series, soportes y dispositivos de seguridad permite reconstruir cambios profundos en la organización monetaria del país. El análisis se apoya en la clasificación jerárquica desarrollada para los billetes de Guatemala y en una bibliografía que integra historia bancaria, teoría monetaria, estudios sobre identidad nacional y fuentes institucionales. El recorrido culmina con la actualización del corpus hasta 2025, en el que se reconocen 300 billetes diferenciados de acuerdo con la propuesta clasificatoria utilizada. La conclusión sostiene que el billete guatemalteco debe entenderse como una fuente histórica multidimensional: un objeto económico, institucional, material, artístico y cultural cuya lectura sistemática permite observar siglo y medio de transformaciones nacionales.

Palabras clave: notafilia; billetes de Guatemala; papel moneda; historia monetaria; diseño; identidad nacional; clasificación; Banco de Guatemala.

1. Introducción: el billete como documento histórico

El billete es uno de los objetos más cotidianos de la vida económica y, al mismo tiempo, uno de los documentos históricos más densos que produce un Estado. Su función inmediata es representar un valor nominal y facilitar transacciones, pero su importancia excede ampliamente esa dimensión. En cada pieza quedan registrados un emisor, una unidad monetaria, una fecha, determinadas autoridades, una tecnología de impresión, un sistema de numeración, recursos de seguridad, imágenes y textos. Cuando esos elementos se observan conjuntamente, el billete deja de ser solamente dinero y se convierte en una pieza histórica capaz de documentar procesos políticos, institucionales, económicos y culturales (Helleiner, 2003; Ingham, 2004; Pérez Irungaray, 2025).

La notafilia, entendida como el estudio sistemático del papel moneda, permite abordar esa complejidad desde una perspectiva distinta de la que suele dominar el coleccionismo descriptivo. No se trata únicamente de identificar qué billete es, cuánto vale en el mercado o qué tan escaso resulta, sino de establecer por qué existe,

quién lo emitió, dentro de qué régimen monetario circuló, qué cambios formales presenta respecto de otras emisiones y qué puede inferirse de esos cambios sin sobrepasar la evidencia disponible. Esta perspectiva coincide con enfoques que han destacado que las monedas nacionales y sus representaciones participan en procesos de construcción estatal e identidad colectiva (Gilbert & Helleiner, 1999; Helleiner, 1998).

En el caso guatemalteco, el estudio de los billetes permite recorrer tres grandes etapas. La primera corresponde a los bancos predecesores, desde el Banco Nacional de Guatemala, los bancos privados de emisión hasta el Comité Bancario de Guatemala, que dominaron buena parte del periodo 1874–1926. La segunda comienza con el Banco Central de Guatemala y la creación del quetzal como unidad monetaria. La tercera se consolida con el Banco de Guatemala, cuya actividad desde 1946 abrió un periodo de centralización y progresiva estandarización de la emisión. Esta división, utilizada también como primer nivel del sistema de clasificación desarrollado para la notafilia guatemalteca, no es una simple conveniencia catalográfica: refleja cambios institucionales sustantivos en la manera en que se produjo y legitimó el dinero (Pérez-Irungaray, 2026).

El propósito de este ensayo es seguir esa evolución sin convertirla en una enumeración exhaustiva de piezas. Se privilegia una lectura transversal: se examinan el nacimiento de la emisión formal, la pluralidad bancaria, la centralización, la transformación iconográfica, el desarrollo de variantes y subvariantes, la evolución de firmas y números de serie, la introducción de nuevas medidas de seguridad, el paso parcial del papel al polímero y la aparición de emisiones conmemorativas. La hipótesis que articula el recorrido es que, a medida que la confianza monetaria dejó de depender de la reputación particular de múltiples emisores y se concentró en instituciones centrales, el billete adquirió también una función creciente como soporte de representación nacional. Esa transformación material y simbólica puede seguirse con particular claridad en el corpus guatemalteco de 1874–2025 (Banco de Guatemala, 2012, 2024; Pérez Irungaray, 2025).

La utilidad de esta perspectiva se aprecia cuando se compara el billete con otras fuentes tradicionales de la historia económica. Los

decretos permiten conocer disposiciones; los libros contables registran operaciones; la prensa recoge controversias; las memorias institucionales justifican decisiones. El billete, en cambio, reúne en un mismo soporte varias capas de información producidas para circular masivamente. Una fecha impresa puede vincularse con una disposición concreta; una firma remite a una autoridad; un retrato o monumento señala una selección iconográfica; una marca de agua revela una tecnología disponible; una serie expresa una lógica de control administrativo. Ninguno de esos elementos, aislado, explica por completo la pieza, pero su combinación permite reconstruir la manera en que una institución intentó hacer visible y confiable el dinero.

También debe evitarse una lectura excesivamente lineal. La evolución del papel moneda no consistió en una marcha continua desde formas "primitivas" hacia billetes cada vez más perfectos. Hubo retrocesos, coexistencias, soluciones provisionales y diseños que permanecieron durante décadas mientras otros elementos cambiaban alrededor de ellos. La historia monetaria está llena de superposiciones. Una institución nueva podía reutilizar billetes antiguos; una fecha de aprobación podía no coincidir con la puesta en circulación; un diseño podía mantenerse mientras se sustituía la casa impresora o el sistema de seguridad. El análisis notafílico resulta útil precisamente porque hace visibles esas temporalidades superpuestas y obliga a distinguir entre la historia jurídica de la emisión y la historia material del objeto.

La noción de identidad nacional tampoco debe tratarse como una esencia fija. Los trabajos de Helleiner (1998, 2003) muestran que las monedas territoriales participaron históricamente en procesos de construcción estatal. En ese marco, los billetes pueden ser analizados como medios mediante los cuales determinadas instituciones seleccionan símbolos, personajes y acontecimientos y los hacen circular a escala nacional. Esa selección no representa toda la sociedad, pero constituye evidencia sobre los repertorios oficiales considerados legítimos en un momento determinado. La lectura iconográfica debe, por ello, combinar observación, contexto y cautela interpretativa.

2. Antes de 1874 y el nacimiento formal del papel moneda guatemalteco

La elección de 1874 como punto de partida requiere una precisión. Antes de esa fecha existieron referencias a documentos con funciones monetarias y a papeles provisionales cuya naturaleza no siempre puede equipararse con la de los billetes bancarios posteriores. La literatura institucional menciona antecedentes de 1827 y 1834, aunque sin proporcionar información suficiente para integrarlos con seguridad dentro de una secuencia sistemática de emisiones. También se documentan papeles fraccionarios y soluciones de emergencia producidas en contextos de escasez de circulante. Tales antecedentes son valiosos para comprender la experimentación monetaria, pero no poseen necesariamente el mismo grado de formalización, calidad material, respaldo institucional o características de seguridad que las emisiones bancarias iniciadas en 1874 (Banco de Guatemala, 2012; Pérez Irungaray, 2025).

El Banco Nacional de Guatemala comenzó operaciones en marzo de 1874 y marcó el primer gran experimento de emisión formal de papel moneda bancario en el país. Su vida fue breve: apenas algo más de dos años. Sin embargo, ese corto periodo dejó piezas decisivas para la historia notafílica nacional. La primera serie documentada incluyó denominaciones de 1, 5, 10, 20, 50 y 100 pesos, impresas en Estados Unidos por una empresa especializada. La distinción entre emisor y casa impresora resulta fundamental: el Banco Nacional otorgaba legitimidad monetaria al billete; la empresa extranjera proporcionaba el objeto material y la tecnología gráfica necesaria para dificultar su falsificación (Banco de Guatemala, 2012; Quisquinay Rojas, 2022; Pérez-Irungaray, 2026).

Las primeras emisiones muestran con claridad que la confianza fiduciaria era una construcción todavía frágil. El soporte de papel tenía un valor material mínimo frente al valor nominal que representaba. Su aceptación dependía de la credibilidad del banco, de la convertibilidad prometida y de la posibilidad de que el público considerara ese documento equivalente a una cantidad monetaria reconocible. Las crisis que afectaron al Banco Nacional evidenciaron esa vulnerabilidad. La confianza podía debilitarse con rapidez y convertir una pieza

cuidadosamente grabada en un documento cuyo valor era cuestionado por quienes debían recibirlo. En este sentido, el nacimiento del billete guatemalteco fue también el nacimiento de una nueva relación entre valor y confianza institucional (Ingham, 2004; Quisquinay Rojas, 2022).

El diseño de esas primeras piezas todavía dependía ampliamente de repertorios visuales internacionales. Alegorías, marcos, escenas de prosperidad, figuras clásicas y complejas ornamentaciones respondían a un lenguaje gráfico utilizado por grandes casas impresoras en distintos países. La identidad nacional no estaba ausente, pero todavía no dominaba la composición de la manera en que lo haría durante el siglo XX. Esta característica permite observar que la historia visual del billete guatemalteco no comenzó con una iconografía plenamente nacionalizada; esa identidad se fue construyendo de forma progresiva, a medida que cambiaban tanto las instituciones emisoras como la idea misma de nación que se buscaba representar (Helleiner, 1998; Pérez Irungaray, 2025).

Los antecedentes a 1874 son metodológicamente importantes porque muestran lo difícil que resulta establecer un "primer billete" cuando las fuentes son fragmentarias. Un documento puede ser monetario por su función sin poseer todavía las características técnicas que después se asociaron con el billete bancario: papel especializado, grabado complejo, numeración, firmas estandarizadas o dispositivos de seguridad. Por ello, se ha preferido distinguir entre antecedentes de papel con función monetaria y el comienzo formal de una emisión bancaria sistemática. Esta distinción evita borrar experiencias anteriores y, al mismo tiempo, impide incorporar al catálogo piezas cuya naturaleza, circulación o autoridad no están suficientemente documentadas (Banco de Guatemala, 2012; Pérez Irungaray, 2025a).

La materialidad de las emisiones de 1874 permite observar otro fenómeno: la temprana internacionalización de la tecnología fiduciaria. Guatemala podía crear una institución emisora, definir denominaciones y autorizar la circulación, pero la producción física de billetes de alta calidad dependía de compañías extranjeras con equipos, grabadores y procedimientos especializados. Esta dependencia técnica no era excepcional en América Latina. La industria de billetes funcionaba como una red transnacional que ofrecía a Estados y bancos locales un lenguaje

gráfico de seguridad y respetabilidad. La presencia de retratos de autoridades guatemaltecas dentro de composiciones producidas en Estados Unidos resume esa relación entre soberanía monetaria y tecnología importada.

El corto ciclo del Banco Nacional también obliga a separar tres cuestiones que suelen confundirse: autorización, emisión y aceptación. Una institución puede estar legalmente habilitada para emitir; puede producir efectivamente sus billetes; y aun así enfrentar problemas de confianza que reduzcan su aceptación. La historia fiduciaria demuestra que el valor nominal impreso no basta. La confianza se construye mediante convertibilidad, solvencia, regulación, reputación y expectativas. Cuando alguno de esos componentes se deteriora, el soporte monetario puede convertirse en evidencia de una crisis antes que en garantía de estabilidad.

3. La pluralidad bancaria: múltiples emisores, una misma unidad monetaria

Tras la liquidación del Banco Nacional comenzó una etapa de banca privada de emisión que se prolongó hasta la reforma monetaria del siglo XX. El Banco Internacional, el Banco Colombiano, el Banco de Occidente, el Banco Comercial, el Banco Agrícola Hipotecario, el Banco de Guatemala, S. A., y el Banco Americano formaron parte de un sistema en el que distintos emisores colocaban en circulación sus propios billetes dentro de una unidad monetaria común (Molina Calderón, 2008). Esta pluralidad produjo una extraordinaria diversidad material y gráfica. Para la notafilia actual, el periodo constituye uno de los más ricos; para el usuario de entonces, significaba convivir con papeles cuya aceptación podía depender parcialmente de la confianza depositada en instituciones diferentes.

El fenómeno puede interpretarse en relación con debates más amplios sobre sistemas de emisión competitiva. La teoría del free banking ha examinado contextos en los que múltiples instituciones privadas emiten billetes sin un monopolio estatal centralizado, destacando tanto mecanismos de disciplina de mercado como riesgos asociados a crisis de confianza, liquidez y coordinación (Dowd, 1992; Selgin, 1988; White, 1984, 2019). El

caso guatemalteco no debe forzarse dentro de un modelo teórico universal, pero sí permite observar de manera empírica algunos problemas propios de un sistema con pluralidad de emisores y mecanismos regulatorios todavía incompletos.

En ese entorno, el billete funcionaba también como carta de presentación institucional. El nombre del banco, la composición ornamental, la firma de autoridades, el número de registro y la calidad del grabado contribuían a producir credibilidad. El billete no solo informaba cuánto valía, sino quién asumía la responsabilidad de hacerlo valer. La diversidad de diseños, por tanto, no fue un fenómeno puramente estético: reflejó una estructura bancaria fragmentada. La posibilidad de identificar un billete por su banco emisor es inseparable de la historia institucional que explica su existencia (Lara Grojec, 2021; Molina Calderón, 2008; Pérez Irungaray, 2025).

La pluralidad bancaria también generó piezas excepcionales, entre ellas denominaciones fraccionarias y emisiones raras cuya baja supervivencia actual contrasta con la importancia que tuvieron para transacciones ordinarias. El caso del billete de 25 centavos del Banco de Occidente ilustra cómo una denominación pequeña puede tener enorme valor historiográfico: su circulación cotidiana pudo contribuir precisamente a que pocos ejemplares sobrevivieran. Esta relación entre función histórica y rareza contemporánea recuerda que la escasez actual no debe interpretarse únicamente como resultado del tiraje original, sino también de la intensidad de uso, el descarte, el desgaste y la preservación posterior (Pérez-Irungaray, 2026).

Las tensiones del sistema se hicieron especialmente visibles al final del siglo XIX y en las primeras décadas del XX. El curso forzoso, las intervenciones estatales, la expansión de emisiones y el debilitamiento del respaldo metálico alimentaron un proceso que la historiografía ha vinculado con la llamada empapelada. La documentación oficial y los estudios posteriores muestran que la abundancia de billetes no podía sostenerse indefinidamente si se deterioraba la confianza en su capacidad de representar valor. La crisis preparó el terreno para una reorganización profunda del sistema monetario y bancario (Banco de Guatemala, 2012; Lara Grojec, 2021; Molina Calderón, 2008; Pérez-Irungaray, 2026).

La etapa de banca privada posee además una riqueza documental excepcional porque cada institución generó una tradición material propia. Los billetes permiten estudiar diferencias de firmas (cantidad y posición principalmente), repertorios ornamentales, denominaciones, impresores y mecanismos de identificación. En términos historiográficos, esa variedad ayuda a evitar una visión homogénea de la banca guatemalteca del siglo XIX. Los bancos compartían un entorno jurídico y una unidad monetaria, pero no eran intercambiables como actores. Cada uno tuvo trayectorias, redes de capital y públicos diferenciados. La notafilia proporciona una vía concreta para vincular esas instituciones con objetos que efectivamente circularon entre la población.

El estudio comparativo de los bancos privados también ayuda a comprender cómo se construía la credibilidad visual. En una época en la que la población podía recibir billetes de varias instituciones, la identificación del emisor tenía importancia práctica. El uso de grandes nombres bancarios, firmas reconocibles, elaborados marcos y grabados finos no era meramente decorativo. Formaba parte de una estrategia material de autenticación y reconocimiento. La repetición de ciertos recursos gráficos creó un vocabulario fiduciario transnacional: alegorías de agricultura, comercio, industria, abundancia y progreso aparecieron en muchos países porque comunicaban conceptos asociados a prosperidad y solvencia.

La crisis del sistema tampoco puede reducirse a una simple fórmula de “demasiados billetes”. La llamada empapelada debe comprenderse dentro de un entramado que incluyó expansión de emisiones, respaldo, finanzas públicas, regulación, tipo de cambio y confianza. Las síntesis de Molina Calderón (2008), Lara Grojec (2021) y el Banco de Guatemala (2012) permiten observar que el problema fue institucional y monetario a la vez. La crisis contribuyó a desacreditar un esquema en el que múltiples emisores coexistían sin una autoridad central equivalente a la que posteriormente asumiría el Banco Central. Por ello, la transición de la pluralidad a la centralización no fue únicamente administrativa: modificó la forma en que se entendía quién debía garantizar el dinero.

4. De la crisis a la centralización: el quetzal y el Banco Central

La reforma monetaria de la década de 1920 modificó de manera decisiva la estructura del papel moneda guatemalteco. La creación del quetzal como unidad monetaria y el establecimiento del Banco Central de Guatemala desplazaron progresivamente el sistema anterior de pluralidad de emisores y condujeron hacia una emisión más centralizada. El cambio no fue instantáneo. Las transformaciones legales, la producción de nuevas monedas, la impresión de billetes y la retirada de especies anteriores se superpusieron durante un periodo de transición. Esa secuencia demuestra que una reforma monetaria debe estudiarse como proceso y no como una fecha aislada (Banco de Guatemala, 2012, 2024; Molina Calderón, 2008).

Los primeros billetes denominados en quetzales adquirieron una identidad visual muy reconocible. Las emisiones asociadas al Banco Central incorporaron (de forma póstuma) el retrato de José María Orellana y generaron un tipo popularmente conocido entre coleccionistas como los “chemas”. Su interés no radica únicamente en el personaje representado, sino en la manera en que el nuevo sistema monetario buscó dotarse de una imagen coherente. La nueva unidad necesitaba ser reconocible, estable y vinculada a una autoridad central. El diseño cumplió así una función pedagógica e institucional: hizo visible el cambio monetario (Banco de Guatemala, 2024; Pérez Irungaray, 2025).



Primer billete de 1 quetzal emitido por el Banco Central.
Fuente: Pérez Irungaray, 2025.

Con el tiempo, los diseños del Banco Central fueron modificándose. En algunas denominaciones desapareció el protagonismo de Orellana y se incorporaron paisajes, al mismo quetzal y otras composiciones. No toda modificación debe interpretarse automáticamente como declaración política, pero sí puede afirmarse que la evolución formal del billete amplió gradualmente el repertorio visual asociado a Guatemala. Ese proceso fue paralelo a la centralización de la emisión: a medida que disminuía la diversidad de emisores, aumentaba la coherencia institucional de la familia monetaria (Pérez-Irungaray, 2026).

El Banco Central representó una fase intermedia. La centralización de la emisión fue mayor que durante la banca privada, pero la estructura institucional sería reformulada de nuevo en la década de 1940. Por ello, la clasificación histórica de los billetes guatemaltecos reconoce al Banco Central como un periodo diferenciado y no simplemente como una etapa menor dentro del Banco de Guatemala. La distinción permite observar que la centralización monetaria fue un proceso escalonado, ligado a reformas sucesivas y no a una única decisión definitiva (Molina Calderón, 2008; Pérez-Irungaray, 2026).

La adopción del nombre quetzal tuvo, además, una dimensión simbólica que no puede separarse completamente de la reorganización institucional. Una unidad monetaria se incorpora a la vida cotidiana mediante precios, salarios, contratos y contabilidad; su nombre termina formando parte del lenguaje ordinario. Elegir el quetzal significó convertir un símbolo profundamente asociado con Guatemala en la palabra misma con la que se expresaría el valor monetario. La construcción de monedas nacionales como símbolos territoriales ha sido examinada por Helleiner (2003), y el caso guatemalteco ofrece un ejemplo particularmente visible de esa relación entre reforma económica e identidad.

La aparición escalonada de monedas y billetes del nuevo sistema muestra, sin embargo, que la identidad monetaria no se crea de un día para otro. El público tuvo que acostumbrarse a equivalencias, denominaciones y nuevos objetos. Durante una transición pueden coexistir legalidades, hábitos y soportes distintos. De allí que las fechas impresas en las piezas deban ser tratadas con cuidado: una fecha puede referirse a autorización o emisión sin corresponder exactamente al momento de circulación. Este problema, que parece técnico, tiene consecuencias importantes para la clasificación y para la reconstrucción histórica de las series.

El Banco Central proporcionó una base de estandarización que luego sería profundizada. Sus billetes muestran una mayor coherencia de familia, aunque todavía existieron cambios significativos entre diseños. Esa combinación de continuidad y modificación constituye una constante del papel moneda moderno: una institución busca que el usuario reconozca la denominación, pero necesita actualizar tecnologías, autoridades y representaciones.

El diseño debe ser suficientemente estable para sostener familiaridad y suficientemente flexible para incorporar cambios.



Primer billete de 1 quetzal emitido por el Banco de Guatemala.
Fuente: Pérez Irungaray, 2025.

5. El Banco de Guatemala: estandarización, continuidad y memoria nacional

La creación del Banco de Guatemala en el marco de la reforma de 1945–1946 inauguró el periodo más prolongado de la historia del papel moneda nacional. Desde entonces, la emisión quedó vinculada a una autoridad central que acompañó transformaciones profundas de la economía, la política y la tecnología durante ocho décadas. La continuidad institucional permitió una progresiva estandarización de formatos, denominaciones y criterios de diseño, sin que ello significara inmovilidad. Por el contrario, el corpus del Banco de Guatemala muestra numerosas modificaciones que afectaron retratos, fondos, firmas, numeraciones, marcas de agua, impresores y recursos de seguridad (Banco de Guatemala, 2006a–2006g; Pérez Irungaray, 2025).

Durante este periodo el billete se convirtió de manera más evidente en soporte de representación nacional. Personajes históricos, paisajes, edificios, símbolos y motivos de inspiración maya adquirieron protagonismo. Este fenómeno puede analizarse dentro de una tendencia más amplia mediante la cual las monedas nacionales contribuyen a representar territorio, soberanía, historia y ciudadanía (Gilbert & Helleiner, 1999; Helleiner, 1998, 2003). El dinero circula de mano en mano y, por ello, posee una capacidad excepcional para repetir imágenes y narrativas. La iconografía de un billete puede llegar a ser más familiar para la población que muchas obras expuestas en museos o monumentos situados en espacios específicos.

El rostro de Rafael Landívar en los billetes de veinte quetzales constituye un ejemplo particularmente significativo de esa presencia cotidiana de la memoria histórica. Lo mismo puede decirse de figuras como Francisco Marroquín, José María Orellana, Justo Rufino Barrios, Miguel García Granados y otros personajes incorporados a distintas

denominaciones. La reiteración visual convierte al papel moneda en una galería portátil. Sin embargo, el análisis debe distinguir cuidadosamente entre la descripción material de lo representado y la interpretación sobre las intenciones políticas de quienes eligieron cada imagen. La iconografía es evidencia; su significado histórico requiere fuentes adicionales y un tratamiento crítico (Rosero, 2009; Pérez-Irungaray, 2025).

La estandarización posterior a 1946 también se observa en la formación de familias monetarias más coherentes. Los colores dominantes, retratos y composiciones comenzaron a asociarse con denominaciones determinadas. La permanencia de ciertos rasgos permitió que generaciones enteras reconocieran un billete antes incluso de leer su valor nominal. Esta estabilidad visual no impidió cambios técnicos; más bien, creó una estructura capaz de incorporar innovaciones sin perder continuidad. Esa capacidad de combinar tradición y modernización constituye una de las características más claras del billete guatemalteco contemporáneo (Banco de Guatemala, 2006a–2006g).

La larga duración del Banco de Guatemala permite observar fenómenos que no podían apreciarse con la misma claridad en instituciones de vida breve. Una denominación puede atravesar generaciones completas de usuarios y cambiar varias veces sin perder su identidad básica. Las familias de billetes posteriores a 1946 permiten estudiar cómo un retrato se mantiene mientras se modifican fondos, colores, sellos, marcas de agua o impresores. Esa continuidad hace posible una especie de arqueología interna del diseño: cada emisión conserva rasgos heredados y añade otros nuevos.

Los catálogos publicados por el Banco de Guatemala en 2006 para las diferentes denominaciones constituyen una fuente fundamental para reconstruir esta evolución. Su organización por diseños, firmas y medidas de seguridad ofrece una base técnica que puede complementarse con una clasificación más amplia que incorpore régimen monetario, institución emisora y jerarquías de variante y subvariante (Banco de Guatemala, 2006a–2006g; Pérez-Irungaray, 2026). La combinación de ambas perspectivas permite pasar de una descripción técnica a una interpretación histórica del conjunto.

La incorporación de personajes históricos tampoco debe entenderse como un proceso puramente acumulativo. Algunos rostros sustituyeron a otros, determinadas figuras permanecieron durante décadas y ciertas denominaciones terminaron asociándose popularmente con un personaje concreto. Esa estabilidad genera memoria visual. El usuario puede reconocer “el de Marroquín” o “el de Orellana” antes de recordar el año exacto de emisión. La notafilia permite convertir esa familiaridad en una pregunta histórica: ¿cuándo apareció ese personaje, qué diseño sustituyó y qué transformaciones posteriores se construyeron alrededor de su presencia?

6. Del grabado internacional a una iconografía cada vez más guatemalteca

La historia visual del papel moneda guatemalteco también es una historia de relaciones internacionales. Durante buena parte de los siglos XIX y XX, la producción física de billetes dependió de casas impresoras extranjeras con tecnologías especializadas de grabado y seguridad. Firmas radicadas en Estados Unidos, Inglaterra, Canadá, Francia, Alemania, Polonia y otros países participaron en distintas emisiones. Esta circunstancia no contradice la identidad nacional del billete: el emisor y la autoridad monetaria determinan su pertenencia institucional, mientras que la casa impresora cumple una función técnica de fabricación (Clark, 1971; Pérez Irungaray, 2025).

La externalización de la producción produjo una situación culturalmente interesante. La imagen oficial de Guatemala fue materializada muchas veces fuera del país. Los diseños debían traducir decisiones locales a técnicas internacionales de impresión. Con el paso del tiempo, esa relación permitió incorporar recursos de seguridad cada vez más sofisticados, pero también generó un diálogo entre repertorios gráficos globales y símbolos nacionales. Las primeras alegorías de prosperidad o industria fueron cediendo espacio a retratos, monumentos, arqueología y emblemas reconocibles para el público guatemalteco (Pérez-Irungaray, 2026).

La incorporación de iconografía maya desde mediados del siglo XX constituye uno de los cambios más significativos. Tikal, numeración maya, estelas, vasijas, marcas de agua y otras referencias culturales se integraron a diversas denominaciones. Este

proceso no debe idealizarse como una representación neutra o completa de la diversidad cultural del país. Como toda iconografía oficial, selecciona determinados elementos y omite otros. Precisamente por ello resulta históricamente útil: permite estudiar qué imágenes fueron consideradas aptas para representar el dinero y, por extensión, qué imaginarios nacionales se buscó proyectar en distintos momentos (Helleiner, 1998; Rosero, 2009; Pérez-Irungaray, 2026).

El billete contemporáneo se convirtió así en una superficie donde distintas temporalidades conviven. Un personaje del siglo XIX puede aparecer junto a un edificio moderno; una referencia al mundo maya puede integrarse mediante una tecnología óptica contemporánea; una conmemoración puede reunir fechas separadas por un siglo. En esos encuentros se hace visible el carácter multidimensional del dinero: cada pieza puede ser simultáneamente producto industrial, documento institucional, objeto artístico y soporte de memoria.

La evolución iconográfica tampoco fue homogénea entre denominaciones. Algunas conservaron durante largo tiempo composiciones muy estables; otras experimentaron rediseños más visibles. Esta diferencia obliga a evitar generalizaciones como afirmar que en una fecha determinada “el billete guatemalteco” cambió por completo. Lo que existió fue una transformación escalonada en la que cada denominación siguió su propio ritmo. Precisamente por eso la observación comparada de series completas resulta más informativa que el análisis aislado de una pieza.

Los motivos mayas merecen especial atención porque introducen una profundidad temporal diferente. La banca central moderna incorporó referencias a un pasado prehispánico dentro de un objeto producido por tecnologías industriales contemporáneas. El resultado es una superposición simbólica: el billete puede representar una pirámide, utilizar numeración maya y, al mismo tiempo, incluir una ventana de seguridad o una impresión especializada fabricada en Europa. La pieza reúne así patrimonio arqueológico, institucionalidad moderna y circulación cotidiana.

El análisis comparativo con otros países refuerza esta lectura. Rosero García (2009) mostró para Colombia cómo retratos y paisajes en el papel moneda contribuyeron a configurar repertorios de memoria. Helleiner

(1998) planteó, desde una perspectiva más general, que las monedas territoriales se vinculan con identidades nacionales. El caso guatemalteco se inserta en esa problemática con particularidades propias: una historia bancaria fragmentada, una reforma monetaria que adoptó el nombre de un ave nacional y una posterior integración de referentes mayas, liberales, religiosos y culturales dentro de una misma familia monetaria.

7. Diseño, variante y subvariante: clasificar para comprender el cambio

El estudio histórico de los billetes exige resolver un problema aparentemente sencillo: determinar cuándo dos piezas deben considerarse iguales y cuándo una diferencia posee suficiente importancia para clasificarlas por separado. Una metodología que tratara cualquier cambio visible como una nueva pieza produciría un sistema arbitrario e infinito. El extremo contrario, que solo reconociera rediseños completos, ocultaría modificaciones históricamente significativas. Para superar ese problema se desarrolló una clasificación jerárquica que articula regímenes monetarios, emisores, denominaciones, diseños, variantes y subvariantes (Pérez Irungaray, 2025; Pérez-Irungaray, 2026).

El diseño corresponde a una transformación sustancial de la composición. Las variantes recogen cambios perceptibles que conservan la estructura fundamental del tipo, mientras que las subvariantes permiten documentar modificaciones más específicas, como presencia o ausencia de elementos, ubicación de fechas, cantidad y disposición de firmas, sistemas de numeración, sellos u otros rasgos estables. Esta jerarquía permite observar el cambio en distintas escalas y evita confundir una anomalía de impresión o un desgaste individual con una modificación deliberada de la emisión (Contreras Cortés, 1984; Pérez-Irungaray, 2026).

La utilidad del sistema se aprecia con especial claridad en los billetes del Banco Central y del Banco de Guatemala. Una denominación puede conservar su valor nominal durante décadas, pero cambiar varias veces de diseño y, dentro de cada diseño, incorporar nuevas variantes y subvariantes. Un billete de un quetzal puede seguir siendo reconocible como tal y, al mismo tiempo, documentar modificaciones en fondos, marcas de agua,

posición de registros, tonalidades de color, de numeración o soporte. La clasificación convierte esas diferencias en una secuencia ordenada y permite preguntarse qué procesos institucionales, técnicos o administrativos las explican.

La clasificación no constituye una verdad natural contenida en los objetos. Es una propuesta metodológica que debe ser explícita, coherente y reproducible. Otros catálogos pueden utilizar criterios distintos y obtener cifras diferentes. Por ello, un código clasificatorio no sustituye la descripción del billete ni transforma una categoría en una propiedad absoluta. Su valor reside en que hace posible comparar piezas, registrar diferencias y construir una narrativa histórica verificable (Pick, 1994, 2008; Pérez-Irungaray, 2026).

Este enfoque también permite reconocer la importancia de las pequeñas modificaciones. Un cambio en la disposición de firmas puede reflejar una fase administrativa; un nuevo sello puede señalar una intervención institucional; una alteración sistemática de la numeración puede documentar una nueva etapa productiva. En consecuencia, la notafilia deja de ser una actividad centrada únicamente en identificar tipos y se convierte en una disciplina capaz de reconstruir transformaciones a partir de la materialidad del billete.

La clasificación jerárquica también permite resolver un problema frecuente en el coleccionismo: la tendencia a valorar toda diferencia como rareza independiente. Una variación cromática causada por exposición solar, una impresión desplazada o un número de serie desalineado pueden ser interesantes como anomalías, pero no necesariamente representan una decisión sistemática de emisión. La clasificación exige recurrencia, comparación y criterio. En ese sentido, el método actúa como un filtro contra la sobreinterpretación.

La replicabilidad constituye otro criterio importante. Si dos investigadores aplican las mismas reglas a un conjunto de billetes, deberían poder alcanzar resultados compatibles. Esa exigencia obliga a formular definiciones suficientemente claras sobre qué constituye un diseño, una variante o una subvariante. El sistema propuesto para Guatemala se concibió como flexible y escalable precisamente porque nuevas piezas pueden incorporarse sin destruir su estructura básica (Pérez-Irungaray, 2026). La aparición

de emisiones posteriores a 2023 ha demostrado la utilidad práctica de esa propiedad.

La clasificación favorece además la trazabilidad. Cuando una pieza recibe un código, puede vincularse con fotografías, procedencia, referencias y observaciones. El código no sustituye la descripción, pero facilita la construcción de bases de datos y museos virtuales. Esta relación entre taxonomía y documentación resulta especialmente importante en un campo donde muchas piezas permanecen en colecciones privadas y pueden cambiar de propietario. Un sistema estable permite conservar información incluso cuando el objeto material se desplaza.

8. Firmas, series, soportes y seguridad: la tecnología también deja historia

Los elementos técnicos del billete suelen pasar inadvertidos para el usuario, pero resultan esenciales para el investigador. Las firmas vinculan una emisión con autoridades concretas; la serie y el número de registro individualizan ejemplares; las marcas de agua y dispositivos ópticos participan en la autenticación; el soporte condiciona durabilidad y manipulación; y la casa impresora permite ubicar la pieza dentro de determinadas capacidades tecnológicas. Cada uno de esos rasgos puede cambiar sin que cambie necesariamente la denominación ni el personaje principal (Banco de Guatemala, 2006a–2006g; Bruner, 2010).

Las firmas muestran de manera particularmente clara la relación entre materialidad y biografía institucional. No toda modificación de una firma constituye una nueva variante, pero las diferencias pueden ser históricamente relevantes. El caso de María Antonieta Del Cid, cuyas emisiones muestran dos formas distintas de firma durante su presidencia del Banco de Guatemala, evidencia que una pequeña modificación gráfica puede remitir a una decisión personal y administrativa documentable. La pieza conserva así un acontecimiento que difícilmente sería visible en una historia bancaria general.

Los números de serie también permiten seguir la escala de producción. La ampliación a ocho dígitos desde la década de 1990 multiplicó la capacidad de numeración por serie y respondió a necesidades de emisión

crecientes. Desde 2010, además, las series terminadas en Z identifican billetes de reposición destinados a sustituir ejemplares rechazados durante el proceso de impresión. La serie Z no es, por tanto, el billete defectuoso, sino el reemplazo producido para mantener la integridad del control numérico. Este detalle administrativo se ha convertido, para la notafilia, en una fuente de información sobre los procesos industriales de fabricación.

La evolución de los dispositivos de seguridad modificó de manera visible los billetes. Marcas de agua, hilos, cintas, registros coincidentes, tintas especiales, ventanas y otros recursos fueron incorporándose gradualmente. El análisis técnico demuestra que la seguridad no es un componente separado del diseño: debe integrarse a la composición y, en muchos casos, altera de forma suficiente la apariencia del billete para adquirir relevancia clasificatoria. El billete contemporáneo es resultado de una negociación constante entre legibilidad, identidad gráfica, durabilidad y resistencia a la falsificación (Banco de Guatemala, 2006a–2006g; Bruner, 2010).

El paso parcial del papel al polímero hizo aún más evidente esa relación entre soporte y tecnología. La introducción del polímero en el billete de un quetzal transformó tacto, flexibilidad, transparencia y posibilidades de seguridad. La ventana transparente dejó de ser un elemento meramente funcional para convertirse también en parte de la composición visual. La expresión tradicional “papel moneda” sobrevivió incluso cuando el material dejó de ser papel, recordando que la función monetaria no reside en el soporte físico sino en la autoridad y confianza que lo convierten en dinero (Ingham, 2004; Pérez Irungaray, 2025).

La evolución de la numeración también revela que los billetes son productos seriados. A diferencia de una medalla o una obra única, cada emisión se fabrica en grandes cantidades y necesita mecanismos de individualización. Letras y dígitos permiten administrar esa producción. Cuando la demanda aumenta, el sistema de numeración debe adaptarse. Por ello, el paso a ocho dígitos no es una curiosidad gráfica: refleja una escala de emisión mayor y una necesidad administrativa concreta.

Los billetes de reposición muestran con particular claridad la relación entre control industrial y coleccionismo. Su existencia responde a procedimientos internos de calidad: un ejemplar defectuoso es retirado y

otro debe ocupar su lugar dentro del lote. La marca de reposición permite mantener el control sin duplicar un número ordinario. Para el usuario, el billete cumple la misma función que cualquier otro; para el investigador, proporciona información sobre la secuencia productiva. Una característica creada para la fábrica termina convertida en evidencia histórica.

El soporte de polímero abrió otra etapa porque permitió integrar ventanas transparentes y recursos difíciles de reproducir con papel tradicional. Sin embargo, la modernización no eliminó de inmediato los lenguajes visuales heredados. Retratos y símbolos continuaron mientras cambiaba la tecnología que los sustentaba. Esta convivencia demuestra que la innovación monetaria suele ser incremental: el público acepta mejor un objeto nuevo cuando conserva rasgos reconocibles de la denominación anterior.

9. Conmemoraciones y nuevas denominaciones: el billete como memoria intencional

Las emisiones conmemorativas hacen explícita una función que los billetes ordinarios desempeñan de forma más sutil: seleccionar y poner en circulación determinados recuerdos. Un billete conmemorativo conserva su valor nominal y puede utilizarse en transacciones, pero incorpora una intención adicional de memoria. El objeto deja de registrar historia únicamente porque fue producido en una fecha determinada y pasa a ser diseñado para recordar un acontecimiento, aniversario o institución (Banco de Guatemala, s. f.).

El billete de veinte quetzales conmemorativo del Bicentenario de la Independencia ejemplifica esa transformación. El acontecimiento histórico de 1821 fue reinterpretado mediante tecnologías y lenguajes gráficos del siglo XXI. La pieza demuestra que el dinero puede funcionar como monumento circulante: en lugar de permanecer fijo en una plaza o edificio, la conmemoración pasa de mano en mano y se integra a las transacciones ordinarias. Esta movilidad amplía extraordinariamente el alcance de la memoria institucional.

El centenario del quetzal en 2024 permitió reunir en una misma pieza distintos estratos de la historia monetaria. El billete

conmemorativo de un quetzal recuperó elementos vinculados con la reforma de 1924, incorporó referencias a Tikal y modificó la disposición de símbolos tradicionales. La conmemoración mostró que una moneda puede celebrar su propia historia y convertir su soporte en una síntesis gráfica de cien años de continuidad institucional (Banco de Guatemala, 2024; Pérez Irungaray, 2025).

La incorporación del billete de doscientos quetzales había ampliado previamente el repertorio de denominaciones y la iconografía cultural del sistema. La marimba y los personajes vinculados con ella introdujeron una dimensión cultural distinta de la predominante en otras piezas, demostrando que la representación monetaria no se limita a presidentes, reformadores o episodios políticos. Las denominaciones nuevas obligan además a resolver un problema de diseño: deben ser suficientemente distintas para evitar confusiones y, al mismo tiempo, mantener coherencia con la familia monetaria existente.

En 2025 se emitió un billete conmemorativo de cien quetzales con motivo de los ochenta años de fundación del Banco de Guatemala. El Museo Virtual de Notafilia Guatemalteca lo clasifica como diseño conmemorativo y documenta la permanencia de Francisco Marroquín junto con una nueva composición vinculada al edificio del Banco y con referencias recuperadas de diseños históricos. La pieza ilustra de manera especialmente clara la madurez de la banca central: la institución que durante décadas garantizó el billete puede utilizar ahora ese mismo objeto para narrar su propia historia (Universidad Rafael Landívar, s. f.).

Las emisiones conmemorativas presentan además un desafío particular para la clasificación. El hecho de que una institución denomine “conmemorativo” a un billete no determina automáticamente su nivel taxonómico. Debe analizarse cuánto cambia respecto del diseño ordinario. En algunos casos puede conservarse la estructura fundamental y modificarse una parte; en otros, la composición puede ser suficientemente distinta para considerarse un diseño independiente. La taxonomía notafílica y la nomenclatura institucional cumplen funciones diferentes y no siempre coinciden.

El billete de cien quetzales de 2025 ofrece un ejemplo adecuado para observar esa relación entre continuidad y ruptura. El Museo Virtual documenta la permanencia de Francisco Marroquín y, al mismo tiempo, una composición nueva que incorpora el edificio

del Banco de Guatemala y recupera referencias del primer diseño de la denominación. Se produce así una conmemoración doble: se celebra la institución contemporánea y se cita visualmente su propia historia gráfica. El billete mira hacia atrás utilizando recursos de impresión del presente (Universidad Rafael Landívar, s. f.).

La expansión del repertorio conmemorativo también modifica la relación del público con el dinero. Muchas personas retiran estos billetes de circulación para conservarlos, lo que altera parcialmente el ciclo de uso previsto para una pieza fiduciaria. El objeto mantiene curso legal y valor nominal, pero adquiere simultáneamente valor de recuerdo y colección. Esta superposición confirma que un mismo billete puede participar en varias economías de valor: monetaria, patrimonial y coleccionística.

10. De 1874 a 2025: 300 billetes y una propuesta para leer siglo y medio

La pregunta sobre cuántos billetes ha tenido Guatemala no admite una respuesta única mientras no se defina qué se entiende por “billete diferente”. Contar únicamente denominaciones produce una cifra reducida; contar años de emisión genera otra; distinguir diseños, variantes y subvariantes amplía considerablemente el corpus. Por ello, el número total es inseparable del sistema clasificatorio empleado. La cifra debe entenderse como resultado metodológico y no como un dato oficial independiente de los criterios utilizados.

El artículo metodológico publicado en 2026 documentó 298 billetes diferenciados dentro del periodo 1874–2023 y explicó que el corpus se había ampliado con una subvariante autorizada en 2023, aunque puesta en circulación posteriormente (Pérez-Irungaray, 2026). La actualización posterior del catálogo y del Museo Virtual incorpora nuevas piezas contemporáneas, entre ellas el billete conmemorativo de cien quetzales de 2025. De acuerdo con la actualización mantenida por el autor, el corpus alcanza 300 billetes diferenciados para el periodo 1874–2025. Esa cifra corresponde a la aplicación de la

propuesta jerárquica y no pretende sustituir otros catálogos ni convertirse en una numeración oficial del Banco de Guatemala.

La existencia de 300 registros no debe confundirse con una obsesión por multiplicar piezas. Su interés reside en la posibilidad de convertir diferencias materiales en preguntas históricas. Una firma distinta puede revelar una transición administrativa; una serie nueva puede documentar un cambio productivo; una casa impresora diferente puede coincidir con nuevas tecnologías; una subvariante puede demostrar que un diseño se mantuvo mientras ciertos elementos de seguridad fueron modificados; una emisión conmemorativa puede registrar la manera en que una institución decidió representarse a sí misma.

La clasificación, por tanto, no es el fin del estudio sino una infraestructura para investigar. Ordenar permite comparar; comparar permite detectar cambios; documentar esos cambios permite formular interpretaciones. En ese sentido, el catálogo se convierte en una herramienta historiográfica. La cifra de 300 no es valiosa por su magnitud, sino porque resume la diversidad de un proceso monetario que se extendió durante más de siglo y medio y que continúa abierto a nuevas emisiones, descubrimientos y revisiones.

El Museo Virtual de Notafilia Guatemalteca amplía además las posibilidades de investigación al poner en relación piezas dispersas en colecciones privadas e institucionales. La digitalización no sustituye el examen físico, especialmente cuando se estudian soportes, relieves, marcas de agua o autenticidad, pero facilita comparaciones y democratiza el acceso a un patrimonio que de otro modo permanecería fragmentado. La organización digital del corpus fortalece así la dimensión pedagógica y documental de la notafilia (Pérez Irungaray, 2025b; Universidad Rafael Landívar, s. f.; UNESCO, 2015).

El carácter abierto del catálogo es especialmente importante en emisiones contemporáneas. Puede aparecer una subvariante que no fue identificada al cierre editorial de un libro, una fecha puede circular posteriormente a su aprobación o un billete conmemorativo puede obligar a incorporar un nuevo diseño. La clasificación debe poder absorber esos cambios sin reescribir por

completo la estructura. El crecimiento del corpus constituye, en ese sentido, una prueba de la flexibilidad del método.

La plataforma digital aporta otra ventaja: las correcciones y nuevas piezas pueden incorporarse con mayor rapidez que en una obra impresa. Sin embargo, esa flexibilidad exige mayor control documental. Una actualización en línea debe registrar con claridad qué cambió, cuándo y con qué fundamento. El museo virtual puede convertirse así no solo en vitrina, sino en un verdadero catálogo vivo cuya evolución sea trazable para investigadores futuros.

11. Conclusión: una historia nacional impresa sobre dinero

La historia del billete guatemalteco comenzó en un contexto en el que aceptar un documento de papel exigía confiar en una institución todavía joven. Las primeras emisiones del Banco Nacional demostraron tanto las posibilidades del papel moneda como la fragilidad de esa confianza. La etapa de banca privada multiplicó emisores, diseños y experiencias institucionales; las crisis revelaron los límites de un sistema fragmentado; la reforma del quetzal y la creación del Banco Central iniciaron un proceso de centralización que se consolidó con el Banco de Guatemala.

A lo largo de ese recorrido cambió también la apariencia del dinero. Las alegorías internacionales de las primeras casas impresoras fueron acompañadas y luego desplazadas por retratos, paisajes, monumentos, iconografía maya, edificios públicos y símbolos nacionales. El billete se convirtió en una superficie donde el Estado podía representar historia, cultura, estabilidad y memoria. Esa transformación confirma que el dinero nacional no es solo una herramienta económica, sino también un objeto de identificación colectiva (Helleiner, 1998, 2003; Gilbert & Helleiner, 1999).

La evolución técnica fue igualmente profunda. Firmas, numeraciones, marcas de agua, hilos de seguridad, tintas, registros, ventanas y soportes se transformaron continuamente. En algunos casos, cambios aparentemente pequeños terminaron proporcionando información decisiva para distinguir emisiones y reconstruir procesos de producción. La notafilia demuestra así que el detalle material puede ser tan significativo como un gran acontecimiento institucional.

La clasificación jerárquica permitió ordenar esa complejidad sin reducirla. El sistema no transforma cada diferencia en una pieza independiente, sino que establece niveles para distinguir cambios de distinta magnitud. Esa metodología hizo posible construir un corpus históricamente articulado y actualizarlo a medida que nuevas emisiones fueron apareciendo. El reconocimiento de 300 billetes diferenciados entre 1874 y 2025 resume, bajo un criterio específico, la riqueza material de ese proceso.

La principal conclusión, sin embargo, no reside en la cifra. El billete guatemalteco debe considerarse una fuente histórica multidimensional. En él convergen autoridad, confianza, legislación, tecnología, arte, memoria y uso cotidiano. Cada pieza puede ser leída como documento de su época, pero el verdadero potencial analítico aparece al observar el conjunto. La sucesión de diseños, variantes y subvariantes permite seguir las transformaciones de Guatemala desde la experimentación bancaria del siglo XIX hasta una banca central capaz de conmemorar su propia trayectoria mediante el dinero que emite.

El catálogo permanece necesariamente abierto. Mientras se produzcan nuevas emisiones, se modifiquen diseños, aparezcan documentos o se descubran piezas desconocidas, la historia notafílica continuará ampliándose. Los billetes que hoy circulan serán las fuentes que otros investigadores estudiarán en el futuro. En ellos buscarán las decisiones, tecnologías y representaciones del presente. Desde esa perspectiva, el papel moneda guatemalteco no constituye una colección cerrada de objetos: es una historia nacional todavía en proceso de impresión.

Esta perspectiva también modifica la manera en que se valora el patrimonio notafílico. El interés de una pieza no depende únicamente de su precio de mercado. Un billete común puede ser crucial para documentar un cambio de firma o de tecnología; una pieza deteriorada puede conservar información que no existe en ejemplares mejor preservados; una emisión muy reciente puede ser históricamente relevante porque inaugura un nuevo soporte o diseño. El valor de investigación y el valor comercial son dimensiones distintas.

El estudio del papel moneda guatemalteco muestra, finalmente, que la modernización monetaria no borró el pasado, sino que lo

reorganizó. Los diseños contemporáneos contienen citas visuales de emisiones anteriores, personajes que sobrevivieron a reformas institucionales y símbolos que fueron reinterpretados con nuevas tecnologías. El billete es, por ello, un documento acumulativo. En su superficie conviven memoria y actualización.

La continuidad de la investigación dependerá de mantener abiertos los archivos, documentar colecciones privadas, preservar imágenes de alta calidad y vincular las piezas con fuentes legales e institucionales. La notafilia guatemalteca ha avanzado desde catálogos parciales hacia un corpus sistemático, pero todavía existen preguntas sobre tirajes, circulación efectiva, decisiones de diseño, impresores y variantes no documentadas. El reconocimiento de esas lagunas no disminuye el conocimiento alcanzado; define las tareas que corresponden a futuras investigaciones.

Referencias

- Banco de Guatemala. (2006a). *Catálogo de billetes de Q0.50. República de Guatemala*. Banco de Guatemala.
- Banco de Guatemala. (2006b). *Catálogo de billetes de Q1.00. República de Guatemala*. Banco de Guatemala.
- Banco de Guatemala. (2006c). *Catálogo de billetes de Q5.00. República de Guatemala*. Banco de Guatemala.
- Banco de Guatemala. (2006d). *Catálogo de billetes de Q10.00. República de Guatemala*. Banco de Guatemala.
- Banco de Guatemala. (2006e). *Catálogo de billetes de Q20.00. República de Guatemala*. Banco de Guatemala.
- Banco de Guatemala. (2006f). *Catálogo de billetes de Q50.00. República de Guatemala*. Banco de Guatemala.
- Banco de Guatemala. (2006g). *Catálogo de billetes de Q100.00. República de Guatemala*. Banco de Guatemala.
- Banco de Guatemala. (2009). *Joyas numismáticas de Guatemala* (2.ª ed.). Ediciones Don Quijote.
- Banco de Guatemala. (2012). *Del jade al polímero*. Ediciones OPP.
- Banco de Guatemala. (2024). *Un quetzal, una moneda, un siglo: Cien años de nuestra unidad monetaria*. Banco de Guatemala.
- Banco de Guatemala. (s. f.). *Preguntas frecuentes*. https://www.banguat.gob.gt/preguntas-

frecuentes

- Bruner, C. M. (2010). The changing face of money. *Review of Banking & Financial Law*, 30, 383–458.
- Clark, O. H. (1971). *Paper money of Guatemala*. Almanzar's Coins of the World.
- Contreras Cortés, F. (1984). Clasificación y tipología en arqueología: El camino hacia la cuantificación. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada*, 9, 327–385.
- Dowd, K. (1992). *The experience of free banking*. Routledge.
- Gilbert, E., & Helleiner, E. (Eds.). (1999). *Nation-states and money: The past, present and future of national currencies*. Routledge.
- Helleiner, E. (1998). National currencies and national identities. *American Behavioral Scientist*, 41(10), 1409–1436.
- Helleiner, E. (2003). *The making of national money: Territorial currencies in historical perspective*. Cornell University Press.
- Ingham, G. (2004). The nature of money. *Economic Sociology: European Electronic Newsletter*, 5(2), 18–28.
- Lara Grojec, L. R. (2021). Historia de la banca en Guatemala. *Visión Financiera*, 41, 4–7.
- Molina Calderón, J. S. (2008). *Un siglo y seis lustros de banca, bancos y banqueros (1877–2007)*. Editores Autores.
- Pérez Irungaray, G. E. (2025a). *Notafilia guatemalteca: Un recorrido por la historia y el arte de los billetes de Guatemala*. Universidad Rafael Landívar, Editorial Cara Parens.
- Pérez Irungaray, G. E. (2025b). El Museo Virtual de Notafilia Guatemalteca: historia, arte y preservación del legado monetario de Guatemala. *Revista de la Unión Americana de Numismática (UNAN)*, 11(64), 53–60.
- Pérez-Irungaray, G. E. (2026). Un sistema de clasificación para los billetes de Guatemala, 1874–2023: una propuesta metodológica. *América Latina en la Historia Económica*, 33(2), e1603. https://doi.org/10.18232/20073496.1603
- Pick, A. (1994). *Standard catalog of world paper money: Specialized issues (Vol. 1)*. Krause Publications.

- Pick, A. (2008). *Standard catalog of world paper money: Modern issues, 1961–present*. Krause Publications.
- Quisquinay Rojas, E. D. (2022). Primeros billetes de banco en Guatemala: Banco Nacional de Guatemala (1874–1876). *Revista de Investigación Proyección Científica*, 4(1), 141–153. https://doi.org/10.56785/ripc.v4i1.13
- Rosero García, P. (2009). *Los billetes una ventana al pasado: Identidad y memoria 1959–1979* [Tesis de maestría, Universidad Nacional de Colombia]. https://repositorio.unal.edu.co/handle/unal/6802
- Selgin, G. A. (1988). *The theory of free banking: Money supply under competitive note issue*. Rowman & Littlefield.
- UNESCO. (2015). *Digitizing our shared UNESCO history*. UNESCO.
- Universidad Rafael Landívar. (s. f.). *Museo Virtual de Notafilia Guatemalteca*. Sistema de Información Estratégica. Recuperado el 28 de agosto de 2026, de https://sie.url.edu.gt/mvng/
- White, L. H. (1984). *Free banking in Britain: Theory, experience and debate, 1800–1845*. Cambridge University Press.
- White, L. H. (2019). Free banking in theory and history. *Cato Journal*, 39(2), 223–248.

© 2026 Gerónimo Estuardo Pérez Irungaray. El autor conserva los derechos de autor de este trabajo.

Salvo indicación en contrario, el texto original de este trabajo se distribuye bajo la licencia Creative Commons Atribución 4.0 Internacional (CC BY 4.0).

Esta licencia permite compartir y adaptar el contenido, incluso con fines comerciales, siempre que se reconozca adecuadamente la autoría, se cite la publicación original, se incluya un enlace a la licencia y se indique si se realizaron cambios.

Las imágenes, reproducciones de piezas, documentos y demás materiales de terceros conservan los derechos o condiciones de uso indicados en sus respectivas fuentes y no quedan comprendidos automáticamente en esta licencia. Política de acceso abierto y derechos de autor.

Cómo citar este artículo (APA 7.ª ed.)

Pérez Irungaray, G. E.. (2026). El billete guatemalteco como documento: historia, diseño y transformación, 1874–2025. *Revista AGENN, 1*(1), e020.